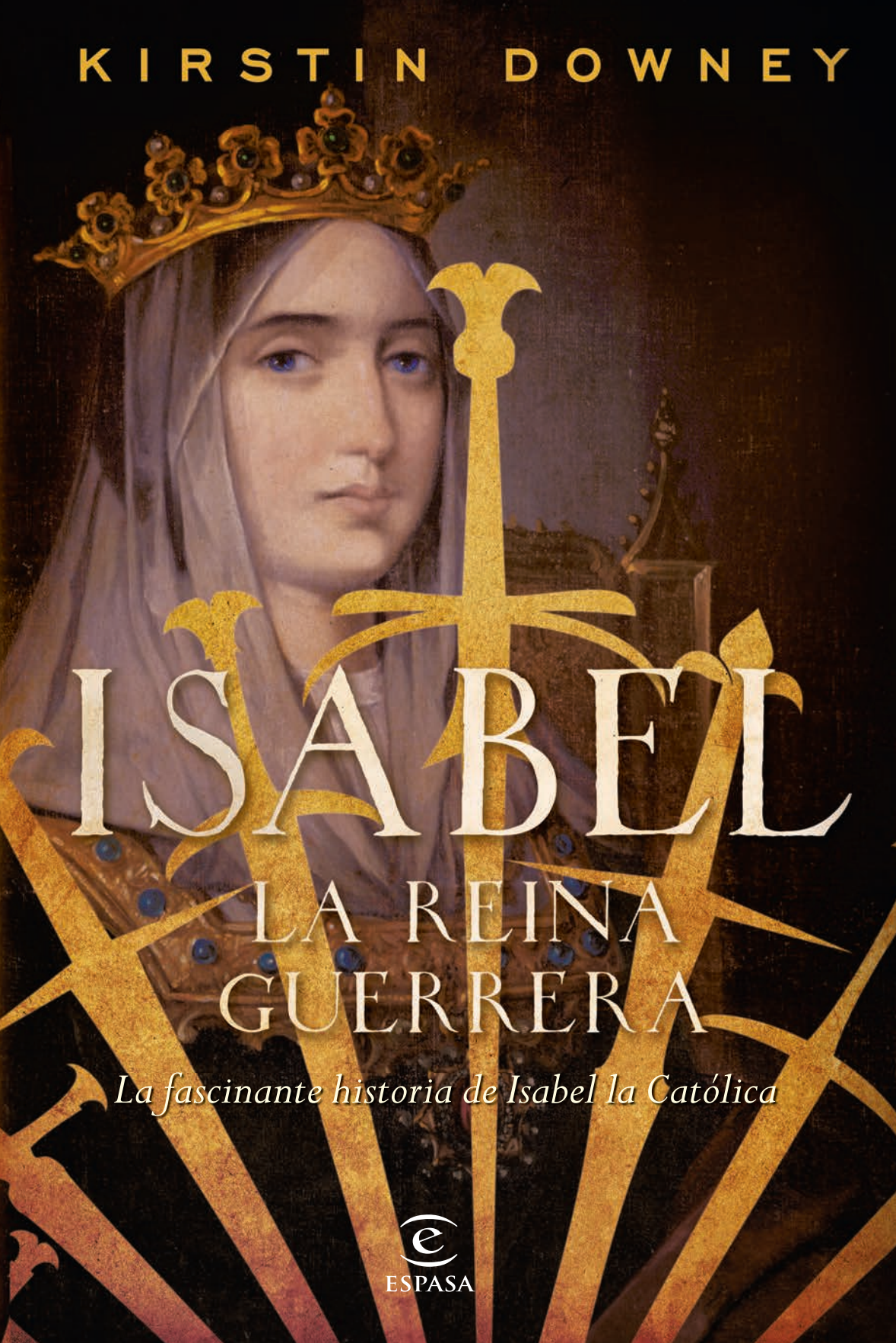


KIRSTIN DOWNEY



ISABEL

LA REINA
GUERRERA

La fascinante historia de Isabel la Católica


ESPASA

KIRSTIN DOWNEY

ISABEL, LA REINA GUERRERA

La fascinante historia de Isabel la Católica

Traducción de Jesús de la Torre



Título original: *Isabella. The Warrior Queen*

© Kirstin Downey, 2014

© Jesús de la Torre, por la traducción, 2017

© Espasa Libros, S. L. U., 2017

Mapas de Jesús Sanz

Traducción publicada con el consentimiento de Nan A. Talese, un sello de The Knopf Doubleday Group, división de Penguin Random House, LLC.

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 23.792-2016

ISBN: 978-84-670-4901-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com

www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
1. UN NACIMIENTO SIN FANFARRIA	15
2. UNA INFANCIA EN LAS SOMBRAS	45
3. AÑOS ATERRADORES	71
4. ISABEL SE ENFRENTA SOLA AL FUTURO	91
5. MATRIMONIO	105
6. FERNANDO Y SU FAMILIA	113
7. LOS RECIÉN CASADOS	129
8. EL VÍNCULO CON LOS BORGIA	145
9. PREPARÁNDOSE PARA GOBERNAR	161
10. ISABEL OCUPA EL TRONO	173
11. LA PROLE DE ISABEL	197
12. EL MUNDO ENTERO TIEMBLA	217
13. LA GUERRA DE LA REINA	233
14. ARQUITECTOS DE LA INQUISICIÓN	265
15. LA LLEGADA AL PARAÍSO	297
16. BORGIA LE REGALA EL MUNDO	321
17. TIERRAS DE VANIDAD E ILUSIÓN	343
18. FE Y FAMILIA	365

ÍNDICE

19. LOS TURCOS A LAS PUERTAS	397
20. ISRAEL EN EL EXILIO	425
21. TRES HIJAS	437
22. UNA IGLESIA SIN PASTOR	453
23. LA MUERTE DE LA REINA ISABEL	467
24. EL MUNDO DESPUÉS DE ISABEL	477
 EPÍLOGO	 499
AGRADECIMIENTOS	505
NOTAS	511
BIBLIOGRAFÍA	553
ÍNDICE ONOMÁSTICO	579

1

UN NACIMIENTO SIN FANFARRIA

A lo largo de la mayor parte de la historia de España, y especialmente en la Edad Media, cuando los linajes determinaban quién gobernaría, el nacimiento de un príncipe o una princesa en Castilla era motivo de júbilo nacional. La llegada del bebé era esperada con emoción y, a menudo, contemplada de cerca por las familias más importantes de la nación, que competían por el derecho a asistir al parto. Se organizaban fiestas en las calles, se intercambiaban regalos y el bautismo del niño era una celebración especialmente importante.

Pero cuando Isabel, hija del rey Juan II, llegó a este mundo a finales de abril de 1451, no sucedió así. Castilla contaba ya con un heredero varón, el hermanastro mayor de Isabel, Enrique, nacido de la primera esposa de Juan, y la sucesión parecía asegurada. El príncipe Enrique tenía veintiséis años, estaba casado y ya tenía su propia corte. Los hijos de Enrique, cuando llegaran, gobernarían supuestamente cuando este muriera.

La madre de Isabel, que tenía veintitrés años, era la segunda esposa del rey Juan, que no estaba presente cuando nació la niña. Isabel nació un jueves por la tarde «en la pequeña alcoba de un dormitorio con mala ventilación de la segunda planta» de un palacio poco atractivo de fachada de ladrillo, construido alrededor de un patio central

de estilo romano ¹. No había siquiera chimenea en la habitación: un humeante brasero de carbón proporcionaba el único calor. El nacimiento tuvo lugar en Madrigal de las Altas Torres, un apartado pueblo agrícola de la parte centro-norte de la península Ibérica, en un lugar donde los hombres de la familia ocultaban con frecuencia a los miembros femeninos de su estirpe. Allí vivían solo unos cuantos miles de residentes, apiñados tras los muros que les protegían de los ataques. La madre de la niña y esposa de Juan era Isabel de Portugal y, a su vez, la madre de esta era Isabel de Barcelos, también de Portugal, por lo que la pequeña fue llamada Isabel, igual que su madre y su abuela. La niña era, por tanto, medio portuguesa. Entre las familias gobernantes de Iberia, ya fueran portuguesas, castellanas o aragonesas, existía la costumbre arraigada de llamar a los niños como a sus abuelos. De esta forma, a Isabel se le puso el nombre del lado portugués de la familia.

Varios días después de que su esposa diera a luz, el rey Juan envió mensajeros a algunas de las ciudades más importantes para comunicar oficialmente la noticia del nacimiento, pero lo hizo de un modo tan improvisado que resulta difícil determinar la fecha exacta. Probablemente fue el 22 de abril. En una carta con fecha del 23 de abril y enviada desde Madrid, Juan informaba a los oficiales de Segovia de que su esposa había dado a luz a una princesa, «por la Gracia de Nuestro Señor», el jueves anterior ².

Los archiveros tampoco están seguros de dónde se bautizó a la niña. Los bautizos reales solían tener una importancia tanto política como religiosa. El bautizo de un heredero del trono se realizaba generalmente con ceremonioso esplendor en alguna de las más elegantes catedrales del reino. Sin embargo, no existen crónicas que informen de la asistencia del rey a la ceremonia. Probablemente tuvo lugar en Madrigal, en la iglesia de San Nicolás. El hecho de que nadie sepa dónde fue bautizada Isabel subraya la falta de interés general por la llegada de este bebé.

El nacimiento de Isabel supuso en muchos sentidos casi una distracción, pues sus padres estaban preocupados por las intrigas políticas que les rodeaban. Su padre se acercaba a una amarga y funesta sepa-

ración de su amigo y consejero más cercano, Álvaro de Luna, un hombre a la vez brillante e implacable. La madre de Isabel empujaba a su esposo hacia esa separación. Probablemente, las consecuencias de la misma serían importantes. Álvaro había orquestado el matrimonio entre los padres de Isabel, posiblemente después de mandar al otro mundo, envenenándola, a María de Aragón, la primera esposa del rey Juan. En efecto, María de Aragón, que en el pasado había ordenado a Álvaro de Luna que abandonara la corte, había desarrollado de repente unas manchas hinchadas de color púrpura por todo su cuerpo y cayó al suelo. Su hermana, una aliada que vivía en una ciudad lejana, murió esa misma semana del mismo y extraño mal³. La reina Isabel tenía motivos para creer que, quizá, ella también pudiera correr algún riesgo si se consideraba que sus actos ponían en peligro la fuerte influencia de Álvaro de Luna sobre su esposo y su administración.

Quizá creía que no tenía otra elección. Las circunstancias de la joven reina esposa de Juan habían sido precarias desde el comienzo. Le había resultado difícil ganarse el corazón del rey. Juan había preferido tomar como segunda esposa a una deliciosa francesa, pero Álvaro, «en secreto y sin que el rey lo supiera», había decidido que una alianza con Portugal resultaba más beneficiosa para el reino⁴. Negoció las condiciones del matrimonio sin informar a Juan, y el rey se ofendió cuando supo que no podría dar su opinión al respecto. La disconformidad del rey había sido bien sabida en el seno de la corte.

Isabel, la novia no deseada, llegó a Castilla en 1447 acompañada por un séquito portugués y se dispuso a hacer lo posible para conseguir el amor de su esposo. Juan, de cuarenta y dos años, era un hombre culto y sofisticado que leía filosofía y literatura, y era un ávido entusiasta de las técnicas pictóricas de los comienzos del Renacimiento que empezaban a utilizarse en Borgoña. Alto, de ojos azules y piel rubicunda, también era cosmopolita y amante de la diversión, y tenía una mirada lasciva. La futura esposa, de diecinueve años, se dio cuenta al instante de que tenía que competir por el afecto de su esposo. Trató de mostrarse lo más agradable posible, haciendo todo lo que le pedían, pero se inquietó al ver que no se quedaba embarazada ense-

guida⁵. Si no conseguía concebir, su esposo podría tratar de anular su matrimonio o hacer que la recluyeran y que cayera en desgracia. En aquel entonces, la mayoría de las mujeres eran valoradas principalmente por su capacidad para tener hijos, obligación aún más pronunciada entre la realeza. Si no conseguía tener un hijo, probablemente sería considerada una inútil.

No es de sorprender que la reina se sintiera amenazada por las jóvenes hermosas de la corte. Incluso una de sus camareras, Beatriz de Silva, había llamado la atención del rey. Aquello debió de colmar el vaso de la paciencia de la reina, pues hizo que apresaran a aquella mujer y la metieran en un armario del sótano, sin comer ni beber, durante tres días. La mujer salió por fin y aseguró que había sentido durante su encarcelamiento una conversión religiosa, mantuvo su rostro cubierto durante el resto de su vida para ocultar su belleza y llegó a fundar una orden religiosa. La furiosa reacción de la reina Isabel ante una mujer a la que consideraba rival era señal de que su matrimonio se alzaba sobre unos cimientos inestables. Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo, Juan fue mostrando más afecto por su esposa. Tras el nacimiento de la pequeña Isabel, la reina dio al rey, dos años después, un segundo hijo, el príncipe Alfonso, un nacimiento que atrajo mucha más atención. El rey Juan tenía ahora un heredero varón y otro más de repuesto.

La relación irascible de la reina Isabel con Álvaro de Luna complicó el proceso de fortalecimiento de su matrimonio. Álvaro y el rey Juan tenían la costumbre de salir juntos de juerga: un convento convertido en burdel era uno de sus destinos preferidos. Álvaro mantenía un férreo control sobre las idas y venidas de Juan, dictando incluso a la pareja cuándo se le permitía disfrutar de las relaciones conyugales. Tenía una fuerte influencia sobre el rey, al que había manipulado para que le traspasara amplias propiedades y honores, convirtiéndole así en el hombre más rico del reino. Álvaro había sido nombrado condestable de Castilla, lo que le convertía en el primer mando militar del reino, y fue también gran maestre de la Orden de Santiago, la orden de caballeros monásticos más acaudalada de Castilla. Solo con ese cargo

Álvaro de Luna controlaba más de sesenta ciudades y comandaba a 100.000 vasallos ⁶.

El rey Juan le había dado el control casi absoluto del reino. En Castilla se bromeaba con que, gracias a Álvaro de Luna, Juan «no tenía otra cosa que hacer más que comer» ⁷.

Era comprensible que la reina Isabel estuviera descontenta con la situación, y aún más después de hacer una visita sorpresa a su esposo en la eminente ciudad castellana de Valladolid y dormir con él en sus aposentos esa noche. Don Álvaro enfureció cuando supo que ella estaba allí y fue corriendo al palacio, donde aporreó la puerta de la habitación. «¿No se suponía que se le había dicho que no viniese?», le gritó con furia a la reina ante un grupo de espectadores de la corte que se quedaron pasmados ante la fiereza de sus palabras ⁸. En otra ocasión amenazó de forma explícita a la reina: «Yo la casé y yo la descasaré», dijo ⁹.

La reina Isabel no era la única persona que miraba a Álvaro de Luna con hostilidad. La posición privilegiada de este suscitaba envidias entre muchos de los demás nobles, especialmente entre los parientes del monarca, que pensaban que debían ser ellos quienes disfrutaran de la generosidad del rey Juan y no Álvaro de Luna. Las estrategias despóticas de aquel hombre y su codicia eran muy criticadas en todas partes. Seis años después de contraer matrimonio por segunda vez, el rey Juan se armó de valor para enfrentarse a don Álvaro y ordenar su ejecución. El cortesano fue decapitado en 1453 en una humillante ceremonia pública en la plaza principal de Valladolid. Aquella atrevida demostración de poder real conmovió a todo el reino. Sin embargo, casi de inmediato, Juan se arrepintió de su decisión, pues eso significaba que tenía que soportar sobre sus hombros, y a solas, el peso de su gobierno, algo que nunca había querido hacer. Cayó en una depresión y, en el plazo de un año, murió a la edad de cuarenta y nueve años.

La pérdida de su esposo fue otro golpe para la joven e infeliz reina. Se sumió en lo que los cronistas llamaron «una profunda tristeza», hablando solo de vez en cuando y dejando la mirada ausente, quizá al

principio como consecuencia de una depresión posparto y, luego, por la soledad y la pena¹⁰. Tenía la creencia de que estaba siendo acosada por el espíritu de Álvaro de Luna y, a veces, imaginaba que podía oír sus gritos de dolor a través del viento durante las frías noches de invierno. Los más cercanos se dieron cuenta de que la pequeña Isabel prácticamente se había quedado sin padres, y esa situación hizo que se forjara un estrecho vínculo con su hermano más joven, que compartía con ella su frágil infancia. Los dos niños se aferraron el uno al otro.

El fatídico fracaso de la alianza política de toda la vida entre el rey y Álvaro de Luna llegó en un mal momento para Castilla, que se encontraba en un punto crítico de su historia. El reino estaba fragmentado por las disputas políticas entre nobles y por la rivalidad aún más peligrosa entre el rey y sus primos del reino vecino de Aragón, quienes siempre habían tenido la esperanza de hacerse con el control de Castilla. Los campos estaban asolados por la delincuencia, pero sus gobernantes se encontraban distraídos por una sucesión casi constante de guerras civiles.

Enrique, el hermanastro mayor de Isabel, ocupó el trono tras la muerte del rey Juan cuando ella tenía tres años. Los primeros años de su administración fueron exitosos, pero después volvieron a surgir muchos de los problemas que habían aparecido durante el reino de su padre.

Aquel alboroto personal y político tuvo repercusiones en la vida de Isabel. Enrique era poseedor de muchas virtudes, pero también tenía numerosos defectos, que empeoraban en lo referente a Isabel debido a las tensiones en el seno de la familia. Como gobernador de Castilla, el rey Enrique poseía ahora plenos poderes sobre su madrastra, la reina Isabel, que en su calidad de reina viuda merecía ser tratada con respeto maternal, aunque, en realidad, era solo tres años más joven que su hijastro. Las emociones entre los hermanos eran una olla hirviendo de amor y resentimiento. El rey Enrique no hacía mucho por la crianza de sus hermanos pequeños, y la relación de estos con él se convirtió en fuente de tensiones y temores.

Con una infancia tan incierta, no es de sorprender que Isabel buscara consuelo en una institución que le proporcionaba la única fuente de estabilidad en su rutina diaria: la Iglesia católica, cuyos rituales presidían la vida de los cristianos europeos de la Edad Media. El reloj de la vida del mundo medieval era la Iglesia y su calendario eclesiástico. Las campanas de las iglesias tañían para anunciar el horario de los servicios: maitines, vísperas, vigilas de medianoche...; cada día del año pertenecía a un santo en particular, al que se debía especial reverencia y una forma específica de veneración. La religión tenía un papel aún más importante en la vida de Isabel que en la de la mayoría de la gente de su época, pues la corte castellana era prácticamente itinerante y se movía por el reino de palacio en palacio. Cada residencia servía también como monasterio o convento que albergaba a sacerdotes y monjas que mantenían las casas en ausencia de la familia real y que estaban presentes siempre que la familia llegaba de visita. Isabel creció, pues, rodeada de clérigos.

Esta niña que había perdido a sus padres tan pronto acudió a la Iglesia y a sus enseñanzas en busca de una orientación moral y se volvió extremadamente susceptible a las influencias de los representantes eclesiásticos, especialmente de aquellos que demostraban llevar una vida frugal y de abnegación. La limpieza y reconstrucción de la Iglesia, purificarla de toda corrupción para que pudiera crecer y mantenerla sin mácula ni herejías, se convirtió para ella en una preocupación vital. El pecado y el castigo eran temas recurrentes en Isabel, que creía que todos los seres humanos descendían de los hijos supervivientes de Noé, quien se había salvado en su arca cuando Dios ahogó al resto de la humanidad, furioso por tantas maldades de los hombres. Le encantaba el Nuevo Testamento, pero vivía bajo la férrea moralidad del Antiguo Testamento. Siempre se mostraba más partidaria del ojo por ojo que de poner la otra mejilla.

Su concepción del mundo y de la religión se había forjado por los sucesos que habían tenido lugar en el otro extremo del mar Mediterráneo muchos cientos de años antes de que naciera. Cuatro hombres en particular, tres del Oriente Medio y un cuarto, Mahoma, naci-

do en la península arábiga, habían asegurado que Dios les había hablado y cada uno de ellos dijo e hizo cosas que habían tenido repercusiones durante varios siglos después. Los tres primeros fueron Abraham, Moisés —ambos judíos— y Jesús, nacido y criado como judío y que después creó una nueva religión. Las vidas y los actos de estos tres hombres estaban representados de forma vívida a su alrededor en cuadros, tapices, esculturas, libros y manuscritos ilustrados que llenaban las iglesias y palacios en los que pasaba sus días y sus noches.

Abraham era un profeta que rechazaba el culto a los ídolos y aceptaba la idea de un único Dios todopoderoso al que había que someterse en todos los sentidos. Se le considera el precursor del pueblo judío. Moisés fue un profeta que introdujo los Diez Mandamientos, un código básico de conducta moral que Dios le había dictado directamente. Jesús era un judío que propuso una serie de variaciones al judaísmo y que pidió a sus seguidores que hicieran proselitismo y buscaran nuevos conversos para su fe reformista, que pasó a llamarse cristianismo.

Los conflictos desde esa época antigua seguían percibiéndose en la España de Isabel. Los cristianos estaban rabiosos porque los judíos no aceptaban las enseñanzas de Jesús ni la explicación de la resurrección. Además, creían que los gobernantes judíos habían participado en la muerte por crucifixión de Jesús y que, más tarde, habían perseguido a sus seguidores. Los judíos, por otra parte, creían que Jesús había sido ejecutado por los romanos y que se les había acusado injustamente de complicidad. No querían cambiar sus creencias. La obsesión por estos puntos de vista tan diferentes implicaba que personas inocentes nacidas muchos años después de que estos sucesos tuvieran lugar se convirtieran en chivos expiatorios del fanatismo religioso y del antisemitismo, incluso en un lugar tan alejado como España.

La misma España aparecía varias veces en el Nuevo Testamento. Hay una mención de san Pablo en la que dice que piensa visitarla y, posteriormente, san Jerónimo describió la ruta que Pablo había seguido. Se cree que otro apóstol de Jesús, Santiago, viajó al país y, aunque son escasas las pruebas de este viaje, su llegada y su tumba en el nor-

te de España se convirtieron en artículo de fe para los cristianos de Europa occidental, que hicieron de la ciudad de Santiago de Compostela uno de los destinos de peregrinación más importantes de la Cristiandad¹¹. Eso implicó que muchos cristianos de Europa viajaran al norte de España atravesando la región conocida como Galicia y que los problemas internos del país durante la Edad Media tuvieran resonancias políticas y religiosas en otros lugares.

España continuó sintiendo las influencias de las civilizaciones clásicas de Grecia y Roma. Isabel y su familia se creían descendientes de Hércules, el legendario guerrero, mitad dios, mitad hombre. Creían que aquel héroe había fundado personalmente las ciudades de Arévalo, Segovia, Ávila y Salamanca, lugares que Isabel conocía bien. A Hércules se le relacionaba especialmente con un antiguo faro de cincuenta y cinco metros de altura que databa de la época fenicia y desde el que se divisaba la costa gallega del norte de España, en una zona conocida por naufragios de barcos. Su construcción fue considerada una notable proeza de ingeniería, incluso en la época de Isabel. Se trataba de una ilustración aún en pie de la forma en que la mitología griega y las historias de la Biblia se entremezclaban en la mentalidad española. Un libro de historia que Isabel encargó y que ayudó a editar, *Crónica de España*, de Diego de Valera, publicado en 1493, subrayaba los vínculos del reino con la antigua Grecia. Incluso la dedicatoria hacía referencia explícita al ancestral título de Isabel de duquesa de Atenas por su matrimonio con Fernando.

La creencia de que figuras mágicas o mitológicas como Hércules tuvieran un papel importante en el pasado de España no parecía disparatada, pues había impresionantes ruinas romanas por todas partes. En Segovia, la preciosa ciudad que resultaría fundamental en los años de formación de Isabel, el antiguo acueducto romano llevaba agua limpia de las montañas desde más de treinta kilómetros y en sus últimos tramos salvaba un valle de veintinueve metros de profundidad. Muchas otras ciudades de España habían sido también antiguos centros prósperos romanos, como Sevilla, Salamanca y Zaragoza. Algunos de los más famosos escritores romanos eran naturales de Iberia, inclui-

dos Marcial, Lucano y Séneca el Viejo, y los emperadores Adriano y Trajano habían nacido cerca de Sevilla ¹².

La tierra que entonces era conocida como Hispania había sido declarada provincia romana por el emperador Augusto en el año 38 a. C., y durante los seis siglos siguientes, la historia de la península se entremezcló con la del Imperio romano. «Los romanos no solamente construyeron calzadas, teatros, circos, puentes, acueductos y templos; también trajeron sus instituciones políticas y jurídicas y sus ideas sobre la vida social y familiar», escribió el historiador francés Jean Descola ¹³.

El lugar de nacimiento de Isabel, el palacio de Madrigal, con sus habitaciones en torno a un patio central, no era único en su diseño de estilo romano. Muchas casas se construyeron de la misma forma, con habitaciones que se abrían a una arcada alrededor de un atrio central. Los habitantes de la península Ibérica adoptaron las costumbres y comportamientos grecorromanos y, con el tiempo, a los mismos españoles se les llamaba griegos en ciertas ocasiones. En el modelo antiguo, la observancia religiosa seguía al poder político. El firmamento de los dioses griegos y romanos mantuvo su predominio hasta que el emperador romano Constantino permitió el cristianismo en el año 312, dando comienzo a una nueva era de colaboración entre la Iglesia y el Estado. Cuando el cristianismo fue superando en importancia a los cultos paganos, las persecuciones de cristianos por parte de los romanos al fin terminaron. El respaldo imperial marcó el comienzo de una gran expansión en cuanto al número de seguidores del cristianismo, e incluso los pueblos pequeños construyeron sus propias iglesias. Una jerarquía eclesiástica conectó a todas las iglesias cristianas de todo el Imperio romano y aparecieron cinco sedes religiosas principales: Antioquía, Jerusalén, Alejandría, Roma y Constantinopla. El cristianismo se convirtió en la religión principal de Europa y de todo el Oriente Próximo y norte de África.

Cuando pasaron los siglos y el poder romano se desintegró, la corrupción y las continuas oleadas de invasiones extranjeras debilitaron la mitad occidental del antiguo Imperio romano. Cuando los visi-

godos, un pueblo de estirpe germánica, bajaron por los Pirineos hacia el interior de la península Ibérica en el siglo V, reivindicaron rápidamente el poder. Al venir desde el norte, solían ser más rubios y altos que las gentes de cabello negro del Mediterráneo; elaboraban preciosas joyas y crearon su propio estilo arquitectónico. Hicieron de Toledo su capital, en el corazón de la península, y finalmente declararon el cristianismo como su religión oficial. El reino gobernado por los visigodos era el lugar que el historiador Isidoro de Sevilla describía con orgullo como el «ornamento del mundo»¹⁴. Isabel, que tenía el pelo rubio rojizo y los ojos azules grisáceos de los visigodos, se veía a sí misma como descendiente de aquel linaje, y la princesa leía el relato de la era visigoda con ávido interés, haciéndose con varios ejemplares de su obra publicada.

La tradición romana y el cristianismo se entretrajeron, con el legado cultural y literario del Imperio preservado de distintas formas en toda Europa. Para entonces, el Imperio romano se había dividido en dos partes. Europa oriental, con su capital en la gran metrópolis de Constantinopla, se convirtió en el corazón de la Cristiandad y en el centro cultural de la tradición clásica, el hogar del Imperio bizantino. Europa occidental estaba políticamente fragmentada por las invasiones bárbaras, pero conservaba su capital religiosa en Roma. Finalmente, las dos ramas del cristianismo se separaron y desarrollaron diferencias doctrinales. La Iglesia Ortodoxa en Constantinopla se consideraba a sí misma el sostén de las antiguas tradiciones. En Europa occidental, incluida España, la Iglesia Católica Romana tenía la supremacía. Las dos ramas de la Iglesia cristiana se enemistaron entre sí y los partidarios de cada una creían ser religiosamente superiores a los otros. Los desaires se convirtieron en insultos.

España era también el hogar de una importante población judía, cuyos antepasados se habían dispersado por el Mediterráneo debido a su persecución por parte de los romanos. Sin embargo, prosperaron y surgió entre los visigodos un sentimiento de celos y antisemitismo. A principios del siglo VII, el rey Chintila ordenó que todos los judíos fueran expulsados o que se les obligara a convertirse. El XVII Conci-

lio de Toledo ordenó, en el año 702, que los judíos fueran convertidos en esclavos y se les prohibió contraer matrimonio. Sin embargo, los españoles no cumplieron del todo estas leyes tan severas y muchos judíos consiguieron abrirse camino en España. Algunos se declararon cristianos para poder sobrevivir, no por propia elección, y estaban profundamente resentidos por el maltrato recibido por parte de los visigodos.

A comienzos del siglo VIII, los reinos germánicos posteriores a los romanos de Europa occidental se volvieron débiles y desorganizados, dejando que la zona quedara abierta a los saqueos llevados a cabo por una nueva generación de invasores extranjeros. Al norte, los vikingos, exploradores y piratas de Islandia, Groenlandia y Escandinavia, se adentraron en Inglaterra, Francia e Irlanda, y asesinaron, robaron y aterrorizaron a los pueblos que allí vivían.

En España, la amenaza llegaba desde el sur en forma de una nueva religión que se basaba en la creencia —compartida con judíos y cristianos— de la existencia de un único dios, aunque añadía otros elementos destacados. Había sido fundada por el profeta Mahoma, un comerciante que creía que la verdad de la religión le había sido revelada. Nacido en el año 570, fue predicador desde alrededor del año 613 al 632. Respetaba a judíos y cristianos por sus anteriores enseñanzas, pero creía que el islam era la fe verdadera, que le había sido otorgada directamente a él como la revelación definitiva de Dios. La nueva religión, llamada islam —que en árabe significa «obediencia» o «compromiso con Dios»—, atrajo a miles de seguidores y su creciente popularidad supuso una amenaza para el orden social existente en la península arábiga.

Mahoma vivía en la Meca, pero, cuando vio que aumentaban sus opositores, se mudó a la cercana ciudad de Medina. Desde allí comenzó una campaña contra su anterior ciudad. Lanzó incursiones contra caravanas de comerciantes y se apoderó de valiosos botines y rehenes. Aunque algunos cristianos y judíos apoyaban a Mahoma, los que se oponían a él o colaboraban con sus enemigos fueron obligados a exiliarse, con la consiguiente pérdida de sus tierras, o fueron esclavizados

o ejecutados. A su muerte, Mahoma era gobernador de Arabia occidental. Los musulmanes expandieron su fe mediante la evangelización, pero también con el envío de grupos armados de creyentes para que atacaran sus centros de oposición. La mayor parte de Palestina y Siria fue ocupada en la década del año 630, y Egipto fue tomado en el año 642. Se trató de una expansión colonial indiscriminada. Los musulmanes ocuparon la mitad sur del Imperio bizantino y sustituyeron a sus líderes por personas de origen árabe. «Propiedades y riqueza... fueron redistribuidos a gran escala», escribió el historiador John Espósito¹⁵.

El islam trajo consigo unos desafíos únicos para el cristianismo. Se trataba de una filosofía religiosa rival, otra fe proselitista que establecía unos modelos de culto y unos códigos de conducta rígidos que satisfacían a sus seguidores y que servían para que sus sociedades funcionaran sin contratiempos. «Desde su nacimiento, la religión islámica fue el principal competidor del cristianismo por hacerse con el corazón de los hombres; la civilización islámica era el vecino más cercano y el rival más mortífero de la Cristiandad europea», dijo el historiador Bernard Lewis¹⁶.

Modelar su comportamiento conforme al de su profeta guerrero Mahoma resultó ser un excelente empujón para su expansión territorial. De hecho, Mahoma había instado a sus seguidores a que propagaran sus dominios animándoles a que se apoderaran de propiedades y riqueza usando la fuerza de las armas. Se hicieron muchos prisioneros en aquellas incursiones y se distribuyeron entre las tribus y familias de sus captores. Los miembros femeninos de la familia de los gobernadores vencidos se convirtieron en esposas o concubinas. Este proceso provocó la creación de una maquinaria administrativa y militar que permitió al islam irrumpir en muchas áreas de forma casi simultánea. Muchos hombres estaban deseosos de entrar en las fuerzas que llevaban a cabo los saqueos para extender la fe, enriquecerse personalmente o salir en busca de aventuras.

Lo oportuno del momento fue también clave para los éxitos del islam. Los Imperios bizantino y persa acababan de abandonar su lucha

en un conflicto que se había prolongado hasta la extenuación. Cuando se llevó a cabo la insurgencia musulmana, carecían de la voluntad y de los recursos necesarios para defenderse.

La conquista musulmana de España se produjo, con una deslumbrante rapidez, en el año 711, solo doce años después de que doblegaran el norte de África. Los detalles completos de la conquista se perdieron en el tiempo debido a que la civilización visigoda fue destruida y la cultura musulmana se superpuso, y, como suele ocurrir, la historia la cuentan los vencedores. Un excepcional documento cristiano que ha llegado hasta nuestros días, llamado *Crónica del 754*, culpaba de la casi instantánea desintegración del estado visigodo a las tensiones internas que habían provocado que el reino fuese incapaz de movilizarse ante la amenaza externa. Un nuevo rey, Rodrigo, había llegado al poder en el año 711, pero era poco popular y no tenía experiencia como gobernante. Un líder rival, furioso con Rodrigo, apoyó y alentó la invasión musulmana. El cronista cristiano describió la invasión como espantosa, con ciudades arrasadas por el fuego, hombres crucificados, niños asesinados y saqueos por todas partes. Comparaba la invasión con los mayores desastres de la historia, con «la caída de Adán, la caída de Troya, la destrucción de Jerusalén y de Babilonia, y el saqueo de Roma», escribe el historiador Roger Collins¹⁷.

Las crónicas musulmanas reflejan esa misma historia, pero presentan los hechos desde un punto de vista triunfante. Para ellos, el ataque tenía una justificación religiosa, puesto que Mahoma había dicho que era voluntad divina que «cada una de las regiones... sea sometida por mi pueblo»¹⁸.

El relato más completo de la invasión procede del historiador árabe Ahmad ibn Muhammad Al-Maqqari, quien escribió que aquellos sucesos comenzaron con una incursión preliminar de dos navíos de soldados que asaltaron Andalucía y regresaron a casa «con un gran botín». Informaron de que habían encontrado un «país de valles encantadores y tierras fértiles, ricas en todo tipo de producciones agrícolas, regadas por muchos ríos grandes y con abundantes manantiales de aguas muy dulces»¹⁹. Los capitanes de la incursión se mara-

villaron de lo cerca que quedaba aquella tierra tan generosa del norte de África.

«No es un océano, sino tan solo un estrecho canal», se decían al explicarse la facilidad de la posible conquista²⁰.

Entonces, un guerrero bereber llamado Tarif Abu Zarah lanzó un asalto mayor enviando entre quinientos y mil soldados y consiguiendo «un abundante botín y varios cautivos de un atractivo tal que Musa y sus acompañantes no habían visto nunca nada igual». Y cuando se corrió la voz del éxito de su expedición, «todos desearon ir a Al-Ándalus», escribió Al-Maqqari²¹.

Una tercera incursión aún más devastadora se puso enseguida en marcha, de nuevo capitaneada por Abu Zarah. Asoló lo que encontraba en su camino, prendiendo fuego a las casas de los residentes y destruyendo una iglesia «muy venerada» por los lugareños, según Al-Maqqari. «A continuación, clavó su espada a cuanto habitante se cruzaba y, haciendo acopio de unos cuantos prisioneros, regresó sano y salvo a África»²².

Fue entonces cuando se empezó a planear una invasión a gran escala y una conquista permanente. Se dejó en las manos de un guerrero llamado Tariq ibn Zeyad ibn Abdillah, quien se introdujo en el sur de España con miles de soldados a los que transportó a través del estrecho —catorce kilómetros— en cuatro barcos que hicieron varios viajes hasta que todos los hombres hubieron llegado a Europa. Durante el trayecto, se cuenta que Tariq dijo que había tenido un sueño en el cual Mahoma le prometía el éxito militar de la invasión. Aquella experiencia mística llenó a Tariq de confianza y, nada más llegar, avanzó por el terreno y «empezó a devastar y asolar el país vecino», escribió Al-Maqqari²³. Habían penetrado en Europa cerca de una formación rocosa gigante de la punta más al sur de España, lugar que llegaría a ser conocido como Jabal Tariq, «montaña de Tariq», y, con el paso del tiempo, Gibraltar²⁴.

Probablemente, unos 15.000 soldados árabes y bereberes participaron en la invasión. El papel de los bereberes, procedentes de África, parece haber sido determinante. El historiador árabe Ibn Khalikan

dijo que Tariq era bereber y que sus tropas eran principalmente bereberes²⁵. En términos generales, los hombres españoles eran asesinados, y las mujeres y niños esclavizados. El interés por apresar a las mujeres y no asesinarlas indica que pocos árabes habían llevado a sus esposas y familias con ellos. La rapidez de movimientos de los ejércitos árabes también indica que viajaban sin cargas²⁶.

Los íberos se quedaron pasmados ante aquellos inesperados ataques. Trataron de responder, pero sus tropas se desmoronaban en medio del caos. Rodrigo estaba en el lejano norte cuando tuvo lugar el primer ataque importante. Avanzó rápidamente hacia el sur y reunió tropas de refuerzo de todo el reino. Tariq trajo también refuerzos del norte de África y llegaron varios miles de soldados a su lado, en lo que pareció ser la primera ocasión en la que los musulmanes acudían de nuevo a África en busca de refuerzos para luchar contra los cristianos.

Según Al-Maqqari, Tariq alentaba a sus soldados para que combatieran con valentía en el nombre de Alá. «Sabed que si sufrís un poco, conseguiréis al final una abundante cosecha de placeres y gozos», les decía Tariq a sus tropas. «Debéis saber que las... doncellas, hermosas como huríes, sus cuellos resplandecientes con innumerables perlas y joyas, sus cuerpos ataviados con túnicas de costosas sedas salpicadas de oro, están esperando vuestra llegada, reclinadas sobre mullidos divanes en los suntuosos palacios de los señores coronados y las princesas»²⁷.

Los hombres respondieron con bramidos y se lanzaron al combate. Rodrigo fue asesinado, las fuerzas visigodas cayeron y los cristianos corrieron desbandados en medio de la confusión, huyendo en todas direcciones. El cuerpo de Rodrigo no se llegó a encontrar. Se creía que se había hundido en un río. «Los cristianos se vieron obligados a encerrarse en sus castillos y fortalezas y a abandonar el campo para trasladarse a las montañas»²⁸.

Entonces, Tariq llevó a cabo asaltos consecutivos, conquistando una ciudad tras otra. «Que Dios llene de terror y miedo los corazones de los idólatras», escribió Al-Maqqari, pues los cristianos habían creído en principio que los musulmanes los invadirían, se llevarían el botín

y, después, se marcharían a sus casas del norte de África. Ahora se daban cuenta de que venían para apoderarse del reino y ocuparlo²⁹. Algunas ciudades se rindieron rápidamente; otras lucharon sin fuerzas para defenderse.

Según escribió Al-Maqqari, Tariq trató de causar el terror de los cristianos con la siguiente estratagema:

Ordenó a sus hombres que cocinaran en su campamento la carne de los caídos en presencia de los cautivos godos y, así, cuando la carne había sido cocinada en grandes recipientes de cobre, ordenó que la cortaran, como si fuese a ser distribuida entre sus hombres como almuerzo. Después, dejó que alguno de los prisioneros se escapara para que pudieran informar a sus compatriotas de lo que habían visto. Y así, aquella estratagema provocó el efecto deseado, pues el relato de los fugitivos contribuyó en gran medida a aumentar el pánico de los infieles³⁰.

Los musulmanes se expandieron por el país, montados en caballos que habían robado a los cristianos, y las calzadas romanas ya existentes sirvieron para que el rápido avance resultara bastante sencillo. Un soldado musulmán, de nombre Mugheyth Ar-rumi, recibió la orden de asaltar Córdoba, mientras que otros batallones se dirigían a Málaga y Elviria. Tariq fue hacia Toledo, la capital visigoda situada cerca del centro de la península. En Córdoba, el ejército de Mugheyth sorprendió a los centinelas y subyugó a la guarnición allí apostada. Algunas de las tropas y el gobernador escaparon y se refugiaron en una iglesia cercana a la ciudad. Según varios historiadores árabes, los musulmanes asediaron la iglesia durante tres meses y, finalmente, se cansaron de esperar. Ordenaron a los refugiados que se convirtieran al islam y aceptaran pagar tributos y, cuando se negaron, prendieron fuego a la iglesia. Todas las personas que había en su interior perecieron bajo las llamas³¹.

«Tras la toma de Córdoba, Mugheyth reunió a todos los judíos de la ciudad y los dejó como responsables de ella, confiándosela a ellos en lugar de a los cristianos debido al odio y a la aversión que sentían por estos últimos», escribió Al-Maqqari. A continuación, Mugheyth

tomó posesión del palacio para hacer de él su propia casa y entregó el resto de la ciudad para que la habitaran los musulmanes³².

Se utilizó la misma estrategia en otra ciudad, Elviria (actual Marbella), en la costa mediterránea de la península. «La ciudadela de este último lugar la confiaron al cuidado de los judíos y esta se volvió una práctica casi general durante los siguientes años. Siempre que los musulmanes conquistaban una ciudad se dejaba bajo la custodia de los judíos solamente con algunos musulmanes, mientras el resto del ejército se dirigía a nuevas conquistas y, allí donde los judíos mostraban más deficiencias, un grupo mayor en proporción de musulmanes se quedaba al cargo»³³.

Según Al-Maqqari, Tariq se llevó a un grupo de judíos con ellos para hacerse con el control de la ciudad de Toledo. Allí se hicieron con muchos artículos de enorme valor, entre los que se incluían

[...] veinticinco coronas de oro, una por cada uno de los monarcas góticos que habían reinado en Al-Ándalus (pues era costumbre de esa nación que cada uno de sus reyes depositara en aquel lugar sagrado una diadema de oro con su nombre, número y condición, el número de hijos que dejaba, la duración de su vida y la de su reinado grabados en ella), veintiún ejemplares del Pentateuco, el Evangelio o los Salmos; el libro de Abraham y el de Moisés, varios libros más que contenían secretos de la naturaleza y el arte o que trataban del modo de hacer uso de las plantas, los minerales y los animales vivos para provecho del hombre; otros que contenían talismanes de antiguos filósofos griegos y una recopilación de recetas y elixires, varios jarrones llenos de perlas, rubíes, esmeraldas topacios y todo tipo de piedras preciosas; muchas salas enormes llenas de trajes de oro y lamé, y túnicas de todo tipo de caras sedas y satén, aparte de espléndidas dagas y espadas, arcos, lanzas y todo tipo de armas de ataque y defensa de armadura dorada³⁴.

También encontraron una ostentosa mesa hecha de oro y plata con gemas incrustadas que se decía que habían pertenecido al rey Salomón. Esta mesa se convirtió en un trofeo de guerra muy codiciado y los soldados lo hicieron pedazos y se pelearon por quién debía quedarse con cada trozo.

Los cristianos huyeron hacia el norte y, según contaba Al-Maqqari, a los que se quedaron atrás se les permitió hacerlo a cambio del pago de un impuesto. Las casas abandonadas fueron ocupadas por los invasores. «Los árabes habitaron las ciudades que los cristianos habían dejado desiertas. Cada vez que un árabe o un bereber recibía la orden de establecerse en un lugar [...] lo hacía con su familia sin vacilar y, de esta forma, la palabra del islam se extendió por el interior del país y la idolatría de los cristianos quedó destruida y aniquilada». Más norteafricanos y árabes cruzaron el estrecho:

Cuando se extendió la noticia de la poderosa conquista entre los países habitados por los musulmanes, una gran cantidad de la población de Siria y de otras regiones lejanas sintió un fuerte deseo de visitar Al-Ándalus y establecer allí su morada. Asimismo, muchos de los integrantes de entre las mejores y más ilustres tribus árabes dejaron las tiendas de sus padres y se establecieron en Al-Ándalus³⁵.

Muchos enclaves importantes desde un punto de vista cultural y religioso fueron destruidos durante aquel proceso y se destrozaron numerosas reliquias sagradas. La famosa Mezquita de Córdoba fue «iluminada con lámparas de bronce hechas a partir de campanas cristianas —escribió Al-Maqqari—. Y una gran ampliación [...] se construyó completamente con los materiales de iglesias derribadas llevadas a Córdoba sobre las cabezas de los presos cristianos»³⁶.

Esta serie de sucesos quedó grabada a fuego en el recuerdo de muchos residentes de Iberia. La historia de España encargada por Isabel contenía mucha información sobre la conquista desde el punto de vista de los íberos vencidos. «La tierra fue despoblada y se llenó de lágrimas y sangre», escribió el cronista Diego de Valera. A las mujeres se las «forzaba» y «a los niños se les mataba» y, en algunas ciudades, «la mayor parte» de los residentes civiles fueron masacrados³⁷.

El avance musulmán por el interior de Europa occidental fue finalmente detenido en los Pirineos, la frontera rocosa entre Francia y España, después de que el rey franco venciera a las fuerzas árabes en Tours en el año 732.

Por último, solo un pequeño remanente de una fuerza cristiana opositora permaneció activo en España, en el enclave de Asturias. «Un bárbaro despreciable, cuyo nombre era Pelayo, apareció en la tierra de Galicia y, tras reprochar a sus compatriotas su vergonzosa dependencia y su cobarde huida, empezó a sembrar cizaña entre ellos para que se vengaran por los pasados perjuicios y para que expulsaran a los musulmanes de la tierra de sus padres», escribió Al-Maqqari.

Desde ese momento, los cristianos de Al-Ándalus empezaron a resistir los ataques de los musulmanes en esos distritos que habían seguido estando bajo su posesión y a defender a sus esposas e hijas, pues, hasta entonces, no habían mostrado la menor disposición a hacer ninguna de las dos cosas. El comienzo de la rebelión comenzó así: no había quedado ninguna ciudad, pueblo ni villa de Galicia salvo lo que estaba en manos de los musulmanes con la excepción de una montaña escarpada en la que se refugió este Pelayo con un puñado de hombres. Allí, sus seguidores siguieron muriendo de hambre hasta llegar a ver su número reducido a treinta hombres y diez mujeres, pues no tenían más comida para mantenerse que la miel que habían conseguido en las grietas de las rocas que ellos mismos habitaban como tantas otras abejas. Sin embargo, Pelayo y sus hombres se fueron haciendo cada vez más fuertes en los puertos de la montaña hasta que se informó a los musulmanes de sus preparativos. Pero, al ver que eran tan pocos, no hicieron caso del aviso que les habían dado y les dejaron ir reuniendo fuerzas diciendo: «¿Qué son treinta bárbaros asentados en una montaña? Es inevitable que terminen muriendo»³⁸.

Sin embargo, estos remanentes de los visigodos sobrevivieron y consiguieron subsistir a duras penas en las lluviosas y frías provincias de Galicia y Asturias, lejos de la cómoda prosperidad de la que habían disfrutado como dueños de la península. El relato de Al-Maqqari les describe diciendo que luchaban por su existencia. De hecho, Favila, el hermano de Pelayo, fue asesinado por un oso cuando estaba de caza, lo que indica que estaban reducidos a una supervivencia penosa. Los herederos de los visigodos pasaron las siguientes veinticuatro genera-

ciones recuperando la península, centímetro a centímetro, kilómetro a kilómetro, la mayor parte de las veces a trompicones, hasta el nacimiento de Isabel, en que el baluarte musulmán que quedaba en España se encontraba en el sur, en el reino de Granada. La supervivencia cristiana y su avance estuvieron basados en una intensa colaboración entre la Iglesia y el Estado, que les permitió seguir siendo una comunidad a lo largo de la duradera lucha por recuperar lo que habían perdido. En la península Ibérica, Iglesia y Estado se vieron así «estrechamente unidos»³⁹.

La historia de Pelayo constituyó un marco de referencia fundamental para Isabel. Ella se creía descendiente directa de aquel fiel visigodo y heredera de su manto. En el palacio donde pasó buena parte de su infancia, el Alcázar de Segovia, había estatuas de sus antepasados colocadas en hornacinas en todas las paredes, y a Pelayo se le presentaba como el primero de su linaje. Había una estatua suya en la sala del trono, convirtiéndolo así en testigo mudo de cada evento que tuviera lugar en la administración del gobierno.

Sin embargo, en gran parte del resto de España, para el pueblo cristiano y judío que había aceptado la dominación de los musulmanes —también conocidos como «moros» por haber llegado desde Marruecos— las condiciones no eran, en general, especialmente duras. Muchos vivían cómodamente. Se les permitía seguir su religión siempre que pagaran impuestos adicionales por ello. En los años que siguieron a la conquista, muchos españoles se convirtieron al islam. Algunos de esos conversos, conocidos como muladíes, eran sinceros, pero otros solo fingían haberse convertido con el fin de ganarse el favor de la clase gobernante. De igual modo, algunos de los mismos bereberes invasores habían sido conversos reacios o habían mostrado contradicciones en su conversión.

La derrota de los visigodos no podría haber sido tan absoluta ni rápida sin la ayuda de una minoría maltratada, la de los judíos, algunos de los cuales recibieron con buenos ojos a los recién llegados y les ayudaron a gobernar sus nuevos territorios. Para los judíos, la vida bajo el control de los musulmanes les aportó una importante mejora

con respecto al abuso que habían sufrido con los visigodos. Con el tiempo, esto les permitiría desarrollar una época dorada en la literatura, la ciencia, la medicina y la poesía.

Para los cristianos, no obstante, el papel de los judíos en la derrota de los visigodos, junto con los viejos agravios en lo referente al trato de los antiguos mártires cristianos en la Tierra Santa, se convirtió en un oscuro y doloroso recuerdo. Durante los siguientes setecientos años, incluso a pesar de que las tres religiones coexistieron y celebraron los logros artísticos, literarios y culinarios de las otras, lo cierto es que hubo un corrosivo dolor rabioso bajo aquella superficie.

«La época durante la cual los musulmanes y los cristianos, junto con los judíos, vivieron juntos en la península Ibérica ha sido a menudo citada como una especie de era ideal de armonía interreligiosa», escribe la historiadora Jane I. Smith. Y continúa:

Hasta cierto punto, esta afirmación puede encontrar justificación, pero se trató de una época bastante corta y enseguida fue sustituida por las tensiones, prejuicios y el trato como minorías tanto de musulmanes como de cristianos que tan a menudo ha caracterizado las relaciones entre esas comunidades. En el siglo x, el caos de las anteriores invasiones se había calmado y la península Ibérica estaba bastante bien dividida entre el reino cristiano de León al norte y el Al-Ándalus musulmán considerablemente más grande (conocido como Andalucía) al sur, con una delgada zona fronteriza entre los dos. Durante el reinado de Abderramán III en Córdoba (912-961), el estado islámico español alcanzó la cumbre de su poder y fama. Fue una época de gran opulencia y éxito en la que los círculos intelectuales de musulmanes, judíos y cristianos, con el apoyo de Abderramán, contribuyeron a un florecimiento de las artes, la literatura, la astronomía, la medicina y otras disciplinas culturales y científicas. La tolerancia musulmana hacia las llamadas «Gentes del Libro» era elevada y la interrelación social resultaba fácil y constante. Fue también un periodo durante el cual un importante número de cristianos decidió convertirse al islam, aunque los cristianos siguieron sobrepasando en cantidad a los musulmanes en Andalucía hasta la segunda mitad del siglo x⁴⁰.

Muchos cristianos y judíos adoptaron durante estos años costumbres y estilo de vestir árabes.

La tolerancia disminuyó a finales del siglo x, durante el gobierno de Abu Amir Al-Mansur, «que dio comienzo a una serie de campañas contra los cristianos, incluido el saqueo de iglesias y de otros lugares cristianos»⁴¹. Las interacciones sociales se fueron volviendo tensas, según escribe Smith:

Los devotos musulmanes se abstuvieron de hablar con los infieles, salvo que fuera desde cierta distancia. Si un musulmán y un cristiano se cruzaban en una calle pública, el cristiano siempre tenía que dejar paso al musulmán. Las casas de los cristianos tenían que ser más bajas que las de los musulmanes. Un cristiano «infel» no podía tener nunca a su servicio a un musulmán [...]. Los cristianos eran enterrados en sus propios cementerios, lejos de los musulmanes [...]. Un musulmán que se convertía al cristianismo era de inmediato sentenciado a muerte [...]. Así, la era de la interacción armoniosa entre musulmanes y cristianos en España llegó a su fin, sustituida por la intolerancia, los prejuicios y el mutuo recelo⁴².

Las historias de un nirvana religioso en España son «históricamente infundadas, un mito»⁴³, escribe el erudito Darío Fernández-Moreira, pues, en realidad, muchos cristianos y judíos fueron asesinados y maltratados por los musulmanes de España. El gobernante musulmán Al-Mansur, por ejemplo, suscitó el miedo en gente de otras religiones y saqueó las ciudades de Zaragoza, Osma, Zamora, León, Astorga, Coimbra y Santiago de Compostela. En el año 985 hizo arder Barcelona y esclavizó a los supervivientes a los que no mató. En 1066, los musulmanes organizaron revueltas y destruyeron toda la comunidad judía de Granada, asesinando a miles de ellos. De hecho, fueron más de los que mataron los cristianos en Renania al comienzo de la primera cruzada. En el siglo xii, los musulmanes expulsaron a toda la población cristiana que vivía en las ciudades de Málaga y Granada y los enviaron a Marruecos⁴⁴.